

Raquel Sánchez, David San Narciso (eds.) (2023).
Con pase y de etiqueta.
Elites y sociabilidad en la España del siglo XIX.
Valencia. Publicacions de la Universitat de València.

Carlos Uría Pérez

Universidad Complutense de Madrid

Es un gran espejismo la ociosidad de la alta sociedad y un grave error por nuestra parte tildar de holgazanería tanta estrategia por la legitimación y repercusión en lo social de las clases acomodadas. Debemos agradecer, en este sentido, que la publicación *Con pase y de etiqueta. Elites y sociabilidad en la España del siglo XIX* venga a sacarnos del letargo al que la crítica en general parece querer recluir a cualquiera que se proponga estudiar a las élites del siglo XIX.

La obra colectiva que nos ocupa reproduce en su portada un óleo de Eugenio Lucas Villaamil que tiene por título *Llegada al teatro en una noche de baile de máscaras* (1895). No en vano habrán escogido los editores esta imagen en la que los asistentes, ricamente ataviados, apenas se distinguen individualmente. La rápida pincelada del artista ha trazado escasos perfiles mientras que el resto de figuras se mezcla y confunde hasta el punto de presentarse ante el observador como un todo uniforme. Tras una breve presentación, Raquel Sánchez y David San Narciso explican oportunamente lo que ya parece deducirse de la portada, esto es, que las élites no solo generan interés sino que además constituyen un sujeto clave del estudio histórico. Como en el cuadro de Lucas Villaamil, también en este trabajo la «flor y nata» de la sociedad ocupa el primer plano. Aquí la élite se analiza como cuerpo social con sus dinámicas propias, sus formas de legitimación y sus propios mecanismos para interferir en la comunidad, prestándose especial atención a los espacios en los que

se ve a sí misma y socializa. Nos limitaríamos intelectualmente si examináramos a este grupo en los términos que anuncian los críticos de la prensa del corazón. Acertaremos, sin embargo, mientras dispongamos de publicaciones que, como la presente, apunten a una teoría de las élites y de sus prácticas de sociabilidad.

En *Con pase y de etiqueta* se ambiciona abarcar el largo siglo XIX. Es gracias a un amplio elenco de especialistas en las diversas materias y contextos históricos que esto se hace posible. Se ha recurrido acertadamente a historiadores que han trabajado la crisis del Antiguo Régimen, tales como el catedrático de la Universidad de Alcalá Antonio Manuel Moral Roncal. También cuenta la obra con la colaboración de quienes han centrado sus investigaciones en la evolución de la monarquía y la nobleza durante el siglo XIX (David San Narciso y Margarita Barral Martínez). La propia editora, Raquel Sánchez, publicó hace tres años un estudio sobre la sociabilidad cortesana de 1833 a 1872. El profesor Rafael Villena Espinosa, por su parte, examina la sociabilidad del fin de siglo. Al igual que ellos, la doctora Cristina del Prado Higuera también tiene editado un trabajo al respecto, en este caso sobre los espacios frecuentados por la élite madrileña. No puede faltar la participación de expertos en la historia cultural. A ellos corresponde la resignificación de la cultura visual (Ainhoa Gilarranz Ibáñez), de la literatura (Guadalupe Gómez-Ferrer Morant y Raquel Gutiérrez Sebastián), y de las vidas privadas (Aitor Alaña) que tanto aporta a este proyecto. Debe destacarse también la muy interesante aportación de Carlos Larrinaga, el cual ha profundizado en los orígenes del turismo moderno. Por otra parte, en ningún momento parece obviarse el enfoque de género, tan imprescindible como necesario para la puesta en relieve de un poder informal femenino continuamente presente. En fin, toda una plantilla de analistas de diferentes generaciones y asignaturas que se ha propuesto rescatar un tema considerablemente abandonado por la historiografía como es el de las élites decimonónicas. Como señalan los editores, urge abordarlo directamente y enfrentarse a una «aristocracia apenas estudiada, y una burguesía, muchas veces apelada, pero aún bastante desconocida» (p.28).

La movilización de estos especialistas hace de la obra un compendio de saberes muy diversos. En la diversidad de materias

radica uno de los puntos fuertes del trabajo, esto es, la enorme variedad de fuentes consultadas. La anhelada ampliación sociocultural en el estudio de las élites pasa por el examen de fuentes más allá de las tradicionales. De la prensa se extraen anuncios de «convites poéticos», grabados, reportajes de fiestas. Al saber sobre las academias y liceos se accede por los textos reglamentarios, pero también por las ilustraciones que se publican. Las memorias informan de toda cotidianeidad, así como la crónica y la literatura costumbrista. El lector llegará incluso a sentirse convidado a esas fastuosas fiestas de la aristocracia al leer las muy elaboradas invitaciones que se insertan a color en las páginas de esta obra. Todo ello dinamiza la lectura, como también lo hacen las tablas de datos y las fotografías. No solo ha de agradecerse esto sino que debiera reconocerse el mérito de los autores al hacer de la necesidad virtud, al no rendirse ante el rastro disperso de la historia sino proponerse estudiarla, precisamente, a partir de esos indicios tan dispares y fraccionados. La sociabilidad que nos ocupa es informal, y por lo tanto no está tan documentada como otros aspectos de la vida. Es esto precisamente lo que hace que el interés al respecto se disipe en la mayoría de trabajos históricos sobre el periodo. Y sin embargo, el que nos ocupa es la prueba material de la urgencia y conveniencia de superar este silencio, y para lograrlo nada mejor que encarar la consulta de estas fuentes heterogéneas.

Si bien es cierto que los editores reconocen no haber podido abordar algunos espacios de sociabilidad tales como los jardines y plazas públicas, las tabernas o los burdeles; no son pocos los lugares y establecimientos que constituyen el objeto de estudio central en los diferentes capítulos de *Con pase y de etiqueta*. Los propios de la vieja aristocracia, tales como los salones, hubieron de reconfigurarse a lo largo del siglo XIX. Mientras tanto, la emergente burguesía apuntalaba sus propios centros como los balnearios, los casinos o los clubes deportivos. También los «templos del saber», es decir, las academias, los museos, los liceos o los teatros de ópera asistirían a su popularización entre las élites y habrían de resignificarse en consecuencia. Y es que, ¿a quién admitir y a quién excluir? De nada servía ya el estamento y no todo era la clase. La élite decimonónica en absoluto fue homogénea en lo que respecta a sus orígenes. Sí puede, no obstante, percibirse una suerte de *homosociabilidad* -en

palabras de la doctora Raquel Sánchez- o denominador común a la hora de decidir cómo y dónde relacionarse. En definitiva, se asiste a lo largo del siglo XIX al nacimiento de una élite original fruto de las inseguridades de la burguesía para imponer su moral y de las reticencias a abandonar el poder socio-cultural de la vieja aristocracia. Este grupo privilegiado coincide en los mismos espacios lo que exige repensarlo todo, empezando por las cualidades que dan el «pase». Ni el burdo dinero ni el caduco honor. Si algo distingue y eleva en el mundo liberal es el mérito. Con él se granjea uno su respetabilidad, y es gracias a esta que se accede a los círculos que frecuentan los notables, en los que interesa ver pero sobre todo ser visto. Este nuevo discurso público de la respetabilidad es el origen de la resignificación de los centros de sociabilidad de las élites, es gracias a él que se matiza la segregación espacial allí donde también acuden las gentes de otras clases, por ejemplo, en los balnearios y en los teatros. Los autores arriba mencionados son buenos conocedores de las tesis de Woodruff D. Smith, pero también de las de Pierre Bourdieu, entre otros. Sin duda las tienen en cuenta a la hora de analizar unas dinámicas de inclusión y exclusión más complejas de lo que parecen, en las que el capital simbólico es el incentivo principal, las élites los actores implicados y los citados espacios la arena en la que batirse por la respetabilidad y la distinción. Estos centros de la cultura que se examinan en la obra que aquí nos ocupa exigen cierta dignidad a sus socios, pero al mismo tiempo, les prometen una confirmación de su categoría social. Y por lo tanto, siempre «de etiqueta».

En definitiva, si algo se desprende de la lectura de esta obra colectiva es la invitación al estudio de las élites en tanto que cuerpo social dotado de una fuerza histórica nada desdeñable. El presente estudio nos exhorta a reconocer a estos grupos privilegiados como grandes productores de fuentes históricas que están ahí para ser analizadas y que no deben subestimarse. Del mismo modo, el lector acabará comprendiendo que un análisis de los espacios en los que se juntan y sociabilizan permite aproximarse a las propias dinámicas de estas sociedades informales que buscan legitimarse a la vez que legitiman a sus socios.